

Arte de espectros

Pere "Pierrot" Ginard

Tengo dos historias de fantasmas. O mejor dicho: tengo una gran historia americana de fantasmas con una pequeña y retorcida fantasmagoría franco-española dentro. La pequeña historia franco-española es la mía, la gran historia americana es la de "Duke".

Fantasmagoría franco-española a modo de prólogo

Un notario de origen húngaro muy amigo del mejor amigo de mi abuelo le dijo un día al mejor amigo de mi abuelo, en secreto, que el artista Pablo Picasso era en realidad un grandioso estafador, un mentiroso, que nunca pintó ninguno de sus cuadros. Que todo fue pintado por anónimos estudiantes de arte y que eso explicaba sus sonados cambios de estilo y su desmesurada producción. El notario afirmaba que tenía la prueba irrefutable de ello: un documento escrito en francés y español por el propio Picasso en el que confesaba la prolongada estafa con el fin de que fuera revelada a la prensa si, tras su muerte, los herederos especulaban groseramente con su legado. Los herederos claro que especularon, pero aquel hombre gris no se atrevió a desvelar la carta de su ilustre cliente por temor a represalias, y se limitó a comentar el hecho a algunos de sus amigos de mayor confianza. Uno de ellos, el mejor amigo de mi abuelo, se lo

contó a mi abuelo y éste, al conocer mi decisión de estudiar Bellas Artes, me lo contó a mí supongo que por que pensaba que así contribuía a mi educación artística.

El notario, cuyo anonimato tengo la obligación de preservar, murió sin descendencia ni parientes conocidos y su archivo personal, abundante en títulos de propiedad que se remontaban a la época de la conquista de México, fue adquirido en subasta por un coleccionista tejano que, poco tiempo después, depositó todo el material en la imponente Biblioteca del Congreso de los EE. UU., en Washington DC (1). El comprometido documento que Pablo Picasso había escrito hacia el final de su vida, si existía realmente, tenía que permanecer inédito y extraviado entre aquellos papeles ahora al otro lado del Atlántico.

La búsqueda de aquella carta, que pulverizaría toda la historia del arte del siglo XX, se convirtió en mi más íntima obsesión. Por fin, una década más tarde, con un doctorado cum laude en Antropología y el pretexto de estudiar la influencia de la ilustración de prensa norteamericana en los dibujantes españoles de revistas femeninas de la década de 1960, obtuve una beca Fulbright (2) y permiso especial para revisar libremente los fondos de la Biblioteca Nacional del Congreso de los EE. UU.

Con la acreditación VIP que me proporcionaron no fue difícil acceder a las carpetas del notario. Busqué y rebusqué en secreto entre aquellos archivos

notariales. Leí y releí los documentos timbrados, los títulos de propiedad, las actas antiquísimas, las anotaciones y los diarios. Pero la carta no aparecía y mi tiempo se agotaba. Se suponía que yo había ido allí a estudiar no sé qué influencia en no sé cuántos dibujantes... y eso me pedirían al regresar a España. Si regresaba sin ese estudio y con la (rocambolesca) historia de la carta, sería el fin de mi carrera académica. Así que, más por miedo a perder mi empleo y sueldo que por interés, decidí empezar la investigación que se suponía había ido a realizar. Comencé por los archivos del *New Yorker* (3), revisar originales de Saul Steinberg y compañía sería una feliz manera de olvidar mi secreto (y fracasado) "affaire Picasso". Fue entonces cuando, examinando un *New Yorker* del año 1926, descubrí a mi nuevo fantasma: al parecer era americano, se llamaba Duke y había dibujado un jardín nevado.

Los jardines de Duke

No fue el dibujo lo que me intrigó, sino la identidad de su autor. Nunca había oído hablar de ningún Duke y eso que conozco (o creía conocer) el trabajo e historial de todos y cada uno de los colaboradores gráficos del *New Yorker* hasta fecha de hoy. Consultando los antiguos ficheros de la revista comprobé que el nombre de Duke había sido efectivamente registrado, pero su auténtica identidad y demás datos personales, así como la retribución económica recibida por su dibujo, habían sido borrados. Me dirigí a la carpeta de originales del año 1926 y busqué la ilustración con la esperanza de encontrar ahí su verdadero nombre.

Lo encontré... en el dorso del dibujo. Escrito a lápiz. Muy pequeñito. Y me quedé de piedra: John Wayne (4).

John Wayne, sí, el mismo que años más tarde se convertiría en mítico pistolero, en soldado, en centauro del desierto, en hombre tranquilo... fue primero ilustrador y se llamó Duke.

Aquello era demasiado. Ahora que acababa de desentenderme de lo de Picasso, y que había conseguido centrarme por fin en lo de las revistas femeninas españolas, descubro que John Wayne era, además de actor, ilustrador. Demasiado.

La acreditación de investigador VIP facilitó de nuevo las cosas; en menos de dos horas un eficiente archivero oriundo de Wakefield, Minnesota, había depositado sobre mi mesa de trabajo todos los documentos relativos a Wayne que se guardaban en la biblioteca. El paquete consistía básicamente en contratos, facturas, foto-

grafías y un pequeño cuaderno que resultó ser el diario personal del actor; ahí pude seguir el rastro, cada vez más hipnótico, de Duke.

Según leí en las primeras páginas (las únicas que contienen algo de información biográfica) su manager, un tal Edward P. O'Connell, consideraba la actividad artística del joven Wayne muy poco apropiada para la imagen de rudo cowboy norteamericano que le estaban moldeando para el cine y le invitó a abandonarla. Wayne, quien ya había publicado su primer dibujo y por lo tanto había experimentado los míseros honorarios de la profesión, aceptó la "invitación" de O'Connell y, por dinero, se hizo vaquero. Se tomó tan a pecho aquella decisión que, para no dejar pistas sobre su anterior e incipiente actividad, acudió a las oficinas del *New Yorker* con la excusa de rectificar su dirección postal y borró todos los datos personales de su ficha.

Duke había muerto antes casi de existir. O eso hizo creer Wayne al resto del mundo, ya que, según atestiguaba su diario, Duke nunca dejó de ilustrar y proyectar libros en privado. Aquella clandestina e intrincada producción, realizada desordenadamente en las páginas de 15x20 centímetros de su cuaderno-laboratorio, constaba de más de veinte proyectos a medio camino entre el álbum ilustrado, la novela gráfica, la poesía y la alucinación. Era como si William Blake, Edward Gorey y Lucky Luke estuvieran de juerga... estaba cansado... era muy tarde. Demasiados misterios.

Pasé las siguientes semanas encorvado sobre mi mesa de trabajo, fascinado ante las miniaturas gráficas de Duke. Analicé obsesivamente cada trazo, cada palabra, cada símbolo... ¿De dónde sacaba tanta inspiración un tipo que se ganaba la vida actuando en westerns? ¿Cuándo dibujaba y escribía? ¿Qué libros leía? No había muchas explicaciones ni reflexiones personales en sus páginas, tan solo escritura visionaria, enigmática, encantada. Difícil de descifrar. Difícil de creer.

Vapores de fantasma

Nunca más volví a ver el diario. Quiero decir que desapareció. Que se evaporó. Le pregunté al archivero oriundo de Wakefield, Minnesota, si lo había cogido de mi mesa, si lo había cedido a otro usuario. No, el de Minnesota no sólo no lo había tocado sino que me aseguró que en los archivos de Wayne nunca había habido ningún diario, que él lo sabía, que estaría registrado, que por quién le tomaba. Me

acordé del mago Houdini, y otra vez de William Blake, de Edward Gorey, de Lucky Luke... y del estudio de no sé qué puñetera influencia en dos o tres estúpidas revistas femeninas que aún no había hecho y que ya no sabía hacer.

Regresé a España al poco tiempo del misterioso acontecimiento, aturdido, sin más pruebas de Duke que cuatro fotocopias de su diario hechas el día antes de la desaparición. Son las mismas que reproduzco aquí. Fueron las mismas que presenté en la universidad. Me despidieron.

Desde entonces trabajo de profesor de instituto en una ciudad de provincias. Doy clases de historia del arte a adolescentes alados por la mañana y clases de inglés a adolescentes alados por la tarde. Y mi actual obsesión, a la que dedico gran parte del tiempo libre, son los filmes de John Wayne. No por ver a John Wayne, sino por ver a su fantasma: el mismo que me quitó el diario, el mismo que me enemistó con aquel tipo de Wakefield, Minnesota, el mismo que desbarató mi carrera académica, el que vive tras la figura de un actor vestido de vaquero... con aquellas chaquetas de flecos, Dios mío... con aquellas pistolas... y aquellos caballos tristes... y, Duke: ¿son de verdad los indios que salen en las películas, o son actores pintados? ◀

Notas

- (1) La Biblioteca del Congreso (Library of Congress) es la entidad cultural más antigua en los Estados Unidos. Conserva una colección universal de más de 17 millones de libros y 95 millones de documentos entre mapas, manuscritos, fotografías, películas, grabaciones de audio y dibujos. Más información en www.loc.gov
- (2) Las becas Fulbright forman parte de un programa de ayudas a la educación e investigación patrocinado por la Oficina de Asuntos Educativos y Culturales del Departamento de Estado de los Estados Unidos, los gobiernos de otros países (entre ellos España) y el sector privado. Más información en www.fulbright.es
- (3) *The New Yorker* es una prestigiosa revista estadounidense de publicación semanal fundada el año 1925. Sus sofisticados artículos y su calidad gráfica la han convertido en un icono de la prensa escrita. Más información en www.newyorker.com
- (4) El auténtico nombre de Wayne fue Marion Mitchell Morrison. Duke, además de efímero nombre artístico, era como le llamaban sus familiares y amigos en la intimidad. Al parecer el nombre se lo puso un compañero de instituto. Más información en www.johnwayne.com

